



MADRID, Noviembre-Diciembre de 1968

Núm. 2

Apartado de Correos 12.577 - Madrid - 12

V M

**PORTAVOZ
DEL CÍRCULO CULTURAL
VAZQUEZ DE MELLA**

INSISTIENDO

Nuestro «Boletín» ha iniciado con buena andadura las primeras etapas de su difícil camino. Los propósitos que anunciamos y las metas que nos hemos fijado como determinantes de lo que entendemos debe ser el Tradicionalismo, enfrentado con los problemas sustantivos de esta hora de deserciones y confusionismo, ha merecido la atención—que agradecemos—de muy amplios sectores.

Naturalmente, no queremos negarlo, estos sectores se han manifestado en formas diversas. Uno—muy representativo y numeroso—se ha adherido incondicional y entusiasticamente a nuestra empresa. Otro—en uso de su perfecto derecho, pues aquí no somos totalitarios—ha discrepado correctamente. Y un tercero—en nombre del «orden y mando»—nos ha acusado del terrible pecado de opinar.

Pero como nosotros no creemos haber inventado nada, sólo queremos dejar claro que ni constituyemos un grupo, ni levantamos bandera de discordia. Como tradicionalistas y hombres de nuestro tiempo, nos hemos impuesto la obligación de hacer que el Tradicionalismo esté presente en el acontecer político de España. Y en ello estamos.

Consecuentemente, nada más lejos de los Círculos Culturales «Vázquez de Mella» que constituir una «capilla aparte»; una más de las que tanto daño han hecho—y siguen haciendo—al Tradicionalismo. Nosotros, realmente, no discrepamos de quienes piensan en tradicionalista, aunque muchas veces opinemos de forma distinta en lo aleatorio y no fundamental. Unicamente «como depositarios de un acervo doctrinal que es permanente en lo cultural, en lo político y en

(Pase a la página 2)



Carlos VII

En este mes de noviembre, el día 4, celebramos los tradicionalistas la fiesta de San Carlos Borromeo, patrón de los Reyes que dieron nombre al Carlismo. Y en tal fecha, como recuerdo de los Círculos Vázquez Mella para todos ellos, nos honramos reproduciendo en primera página de «V. M.», algunas frases del más representativo de todos: Carlos VII.

«España está resuelta a conservar a todo trance la unidad católica, símbolo de nuestras glorias patrias, espíritu de nuestras leyes, bendito lazo de unión entre todos los españoles.»

«El pueblo español, amaestrado por una experiencia dolorosa, desea en verdad que su Rey sea Rey de veras y no sombra de Rey; que sean sus Cortes ordenada y pacífica Junta de independientes e incorruptibles procuradores de los pueblos, pero no asambleas tumultuosas y estériles de diputados y empleados o de diputados pretendientes, de mayorías serviles y de minorías sediciosas.»

«Nosotros, hijos de Reyes, reconocemos que no es el pueblo para el Rey, sino el Rey para el pueblo; que un Rey debe ser el hombre más honrado de su pueblo, como es el primer caballero; que un Rey debe honrarse con el título especial de padre de los pobres y tutor de los débiles.»

(Carta de Carlos VII a su hermano Don Alfonso Carlos, hace ahora, aproximadamente, un siglo.)

lo esencial—como decíamos en nuestro número anterior—, si queremos hacer constar de una manera clara y terminante nuestra postura antiliberal y antimarxista. Y de ello deben tomar nota quienes nos combatan.

Porque si cara a la problemática de nuestros días, todos reconocemos que el Tradicionalismo precisa de una revisión profunda en sus planteamientos tácticos y aun ideológicos. Y que, naturalmente, si es que no queremos convertirnos en estatuas de sal a fuerza de mirar hacia atrás, lo primero que necesitamos los tradicionalistas es adecuar nuestros cuadros mentales a la dinámica de los tiempos que vivimos, no es menos cierto que por encima de todo estamos obligados a persistir en unas Ideas que constituyen la originalidad política de España.

El Tradicionalismo—y quisieramos que esta realidad pudiera fijarse a golpe de buril en las mentes de ciertas gentes—no es un partido de derechas liberal a la manera europea, pero tampoco lo es de izquierdas, ni mucho menos progresista o marxista. Aunque otras cosas crean quienes no conocen al pueblo español y están deslumbrados por lo que ocurre fuera de nuestras fronteras. O, mejor dicho, con lo que ocurría hace cuarenta años.

«La tradición—como muy bien dice Vázquez de Mella—es el progreso hereditario, y el progreso, si no es hereditario, no es progreso social. Una generación, si es heredera de las anteriores, que le transmiten por tradición hereditaria lo que han recibido, puede recogerla y hacer lo que hacen los buenos herederos; aumentarla y perfeccionarla para comunicarla mejor a sus sucesores. Puede también malbaratar la herencia o repudiarla. En este caso lega la miseria o una ruina; y si ha edificado algo destruyendo lo anterior no tiene derecho a que la generación siguiente, desheredada del patrimonio deshecho, acepte el suyo, y lo probable es que se quede sin los dos. Y es que la tradición, si incluye el derecho de los antepasados a la inmortalidad y al respeto de sus obras, implica también el derecho de las generaciones y de los siglos posteriores a que no se le destruya la herencia de los precedentes por una generación intermedia amotinada. La autonomía selvática de hacer tabla rasa de todo lo anterior y sujetar la sociedad a una serie de aniquilamientos y creaciones, es un género de locura que consistiría en afirmar el derecho de la onda sobre el río y el cauce cuando la tradición es el derecho del río sobre la onda que agita sus aguas.»

Y es precisamente esa herencia histórica a que se refiere Vázquez de Mella la que tenemos que salvar para las generaciones que nos siguen. La que nos obliga a actualizar unos principios que son permanentes en lo sustancial. Al margen de cualquier vicisitud del momento, por encima de cualquier circunstancia y dejando a un lado las discrepancias momentáneas.

SUGERENCIAS

Cuando las aguas bajen turbias, no te importe nadar contra corriente.

La paz es la meta de los cristianos; el pacifismo la barrera de los cobardes.

El cura progresista es un iluso que ha confundido la fe con el raciocinio.

No hay nada más utópico que querer planificar la felicidad.

Cuando un hombre habla de generaciones, es que cree trascendente la suya.

La gran ciudad es el crisol donde se funden muchos de los valores morales del hombre.

Cada vez que el hombre de nuestros días se crea una nueva necesidad, no hace más que darle una vuelta más al torniquete de su esclavitud.

¿Qué hubiera pensado Schopenhauer de los hombres sin ideas y con los cabellos largos?

La igualdad de los sexos es la meta de los híbridos.

El suburbio es la conciencia que acusa a la gran ciudad.

Poetizar es fácil; lo difícil es vivir poéticamente.

La verdad es siempre la misma; son los hombres los que cambian.

Quien dijo un hombre, un voto, acababa de planificar la imbecilidad.

La primera virtud de un príncipe es saberse hacer el tonto sin serlo.

Cuando la camarilla aplaude al príncipe, es que algo marcha mal.

Sólo es importante lo que no se puede comprar con dinero.

A los pueblos sólo les gobiernan sus caudillos o las oligarquías; pero los demócratas siguen sin enterarse.

Creer que la verdad y el error pueden tener los mismos derechos, es tanto como empujar al hombre hacia el escepticismo.

Aunque se presenten en su nombre, desconfía de los que comercian con las cosas de Dios.

¿Por qué será que en nuestros días los que menos creen son los que más opinan de las cosas de Dios?

Comprender a los hombres no quiere decir que se tenga que transigir con sus errores.

ENECE

UAB

INFILTRACIONES Y DESVIACIONES

Por Miguel FAGOAGA

En la lucha entre las diversas fuerzas políticas e ideológicas presentes en el mundo actual, cualquier observador agudo puede comprobar las constantes infiltraciones y desviaciones que se producen en los diferentes frentes.

La Cruzada Nacional, que fue fundamentalmente la defensa de los valores y de la cultura del occidente cristiano frente al materialismo marxista y comunista, sufrió y viene sufriendo, como no podía menos de suceder, continuas desviaciones e infiltraciones provocadas por la anti-España.

Vemos frecuentemente que los hombres más representativos de las fuerzas políticas que constituyen el Movimiento Nacional son hábilmente atacados o silenciados, según convenga; desplazados, en una palabra, inhabilitados políticamente.

¿Quiénes los sustituyen? Personajes grises, tibios, medrosos, acomodaticios, la mayoría de las veces sin credenciales políticas anteriores al 18 de Julio, que adquirieron después de iniciarse el Movimiento Nacional no sé qué carnets ni de qué formas, pero que luego, convertidos en grandes figuras nacionales, dogmatizan sobre temas e ideas que nunca sintieron, ni siquiera libre y decididamente defendieron, y siembran confusiones y errores ideológicos de buena o mala fe, con los consiguientes perjuicios en el campo del Movimiento Nacional.

El tema es tan amplio que comprendería una serie de capítulos importantes: fines, métodos, campos de aplicación, etc. Pensemos por un momento en el problema universitario.

Faceta delicada de esta cuestión es la sustitución de los políticos por los técnicos. Hay que afirmar categóricamente que políticos y técnicos son necesarios, pero con su justa valoración jerárquica.

La política, como ciencia y arte de gobernar; la técnica, como adecuados instrumentos de esa política, pero siempre la técnica al servicio de la política con sus fines, con sus ideales y con sus principios fundamentales.

No es tampoco un problema generacional o de juventud. Hay en España hombres maduros y cadu-

cos con ideales trasnochados republicanos, marxistas o comunistas, y hay muchos jóvenes identificados entusiasticamente con los ideales del 18 de Julio.

Los jóvenes pueden y deben acceder a los puestos oficiales, incluso a los más elevados, pero siempre será condición precisa su identificación con los Principios Fundamentales e Institucionales del Estado Español. No es un problema de juventud, sino de ideología.

Táctica de estos infiltrados es la ostentación, a veces insultante, de lealtades: falangistas, carlistas, católicas, monárquicas, dinásticas, etc. Con esas fingidas lealtades desplazan a los auténticos leales, más delicados y más dignos; lo que importa es infiltrarse utilizando todas las armas y medios, aun los más censurables. En definitiva, las tácticas y los métodos revolucionarios y marxistas.

Estos activistas de la revolución pueden ser descubiertos fácilmente por aquellos que tienen auténticos ideales y buen instinto político. Si se les analiza a fondo, su catolicismo es falso, así como su monarquismo, su fe en el 18 de Julio y sus lealtades dinásticas que fervorosa y desinteresadamente aparentan profesar.

Sus obras también les acusan: donde actúan trituran hábilmente ideales, organizaciones y personas representativas de las nobles Causas que dieron el impulso y el triunfo al Movimiento Nacional.

Podríamos poner ejemplos exhaustivos de todos los matices que se den cita en el amplio campo de la desviación y de la infiltración.

La piedra de toque para descubrirlos en la mayoría de los casos puede consistir en un excelente informe sobre su ideología y actividades con anterioridad al 18 de Julio de 1936. ¡Cuántos separatistas, rojos, progresistas y vividores quedarían descubiertos y a la intemperie política!

Y consejo que no nos referimos a los sinceramente convertidos, porque ellos ni se infiltran, ni se desvian, ni hacen alardes sospechosos. Siguen con modestia y humildad el ejemplo de Maeztu, de García Morente y de tantos otros insignes conversos.

AUTENTICIDAD

Por Narciso CERMENO

Si de algo no puede hacer dejación el Carlismo, sin negarse gravemente a sí mismo, es del acervo ideológico y popular que lo sustentiva, sella y anima. Sus líneas de pensamiento han sido siempre auténticamente españolas y profundamente sociales. Y contra ésta su razón de ser, nada han podido, ni las invasiones de los que llegaron a sus filas en el pasado huyendo de la Revolución, ni nada podrán, en definitiva, los modernos progresismos de raíz liberal y marxista que también hoy se manifiestan entre nosotros.

Pero si alguien tiene duda sobre este equilibrio doctrinal del Carlismo, que es el que explica, a través de los tiempos, su fuerza de convocatoria ante nuestro pueblo, no tiene más que recordar su trayectoria durante los años de la República.

Corrian los últimos meses de 1931 y nuestros Círculos, que entonces todavía se llamaban Jaimistas, empezaron a ser desbordados, sobre todo en las grandes capitales, por multitud de nuevos afiliados procedentes de distintos partidos o agrupaciones políticas que hasta entonces habían servido de manera más o menos decidida a la Monarquía de Alfonso XIII. Hombres bien intencionados muchos de ellos, pero que antes habían militado en la Unión Patriótica con Primo de Rivera, en el Maurismo, en el Integristmo, etc. Y que llegaban al Carlismo, en realidad, arrojados por la Revolución y buscando en nuestras filas lo que nunca habían encontrado entre los suyos: Autenticidad.

La conmoción que esta invasión produjo en aquellos entrañables baluartes del Carlismo ya se puede suponer, sobre todo si tenemos en cuenta que la casi totalidad de sus afiliados pertenecían a las clases más modestas de nuestra sociedad. Y que los que llegaban, por el contrario, eran en su inmensa mayoría hombres con título universitario y algunos de ellos hasta con fortuna. También es verdad que simultáneamente se incorporaban muchos jóvenes movidos tan sólo por razones patrióticas, pero el resultado final fue que el desbordamiento se hizo realidad y que la dirección política del Carlismo pasó, prácticamente, a manos de los recién llegados.

«Consecuencias? Los leales se retiraban, hasta el punto de tener que agruparse muchos de ellos alrededor de «El Cruzado Español», y surgía un Tradicionalismo distinto que, con los símbolos y emblemas del viejo Carlismo, comenzó a proyectarse hacia el exterior como un partido más. Que como muy bien dice Ramón Oyarzun en su «Historia del Carlismo», se iba a llamar en lo sucesivo Tradicionalista-carlista.

De aquí arranca la fundación de un organismo electoral denominado T. Y. R. E. en el que actuaban los tradicionalistas-carlistas junto a los alfonsinos de todas las tendencias. Como igualmente se patrocinó desde nuestras filas que todas las fuerzas monárquicas españolas se integraran en el Bloque Nacional, bajo la dirección de don José Calvo Sotelo.

Pero en relación con todo esto he aquí lo que escribe Ramón Oyarzun en su ya mencionada «Historia del Carlismo»:

«Ya en 1935 se hicieron gestiones para reunir en un bloque compacto a todas las fuerzas monárquicas de España. Quien llevaba la dirección de los trabajos y aparecía como inspirador y director de las fuerzas agrupadas era don José Calvo Sotelo. Se denominaría la nueva agrupación Bloque Nacional, y seguramente el proyectado bloque, guiado por el talento extraordinario de su promotor, se inclinaría marcadamente por una solución monárquica alfonsina o jaimista (1).»

«Se celebraron reuniones entre los dirigentes carlistas para decidir sobre si el partido entraría a formar parte del Bloque Nacional o no: la totalidad de los diputados tradicionalistas, salvo acaso alguna rara excepción, dieron su aprobación a la entrada en el Bloque, pero no ocurrió lo mismo con las personalidades del partido que no formaban parte de la minoría, entre los cuales había quienes se oponían rotundamente a la fusión propuesta, distinguiéndose por su oposición los señores Hernando de Larramendi, Senante, Esteban Bilbao y otros, según informes dignos de crédito. No todos se oponían con igual energía.»

«En febrero de 1936 convocó el delegado nacional, don Manuel Fal Conde, a una reunión en Barcelona de delegados de las provincias y municipios catalanes para plantearles el problema de la fusión del Tradicionalismo con Renovación Española. Acudieron de ochenta a cien delegados y tuvo el autor de esta obra ocasión de estar presente en el local, de incógnito, para estudiar de cerca las palpitaciones del carlismo catalán.»

«Cataluña mostró poco entusiasmo por el Bloque, al igual que Navarra y Vascongadas. Allí, la fusión, tras la que veía la absorción del partido por otro de menor fuerza encontró poco ambiente, pero al exponer Fal Conde con poco entusiasmo la conveniencia de que se aceptase la entrada en el Bloque Nacional, la mayoría asintió friamente.»

Hasta aquí Ramón Oyarzun. Y sin embargo, cuando llega el 18 de julio el viejo Carlismo resurge en su permanente y recia personalidad. Los requetés, como su estamento más representativo, recuperan las posiciones perdidas durante los años de la República, y las aguas vuelven a su cauce. Desaparecen las tácticas políticas y los intereses personales. Y el Carlismo se manifiesta en su Autenticidad y en su Popularidad una vez superados los desviacionismos a que había sido sometido.

Por eso, cuando ahora ciertos muchachitos progresistas que no han sabido liberarse del ambiente de confusión que vive el mundo de hoy, pretenden desde nuestras filas hacer tabla rasa de esa autenticidad que nos es consustancial, nosotros, los viejos carlistas, sabemos que no tienen nada que hacer. Porque cuando ellos crean que sus consignas se imponen resurgirá el eterno Carlismo, representado por sus juventudes auténticas, y echará por tierra todas sus especulaciones.

ORIENTACION SOBRE EL RESULTADO DE LAS ELECCIONES NORTEAMERICANAS

Por Jaime CALDEVILLA

Nuestro «Boletín» es, entre otras cosas, una orientación ideológica, y ésta debe extenderse a aquellos sucesos que puedan incidir en la marcha nacional de nuestra doctrina. Hoy día los grandes acontecimientos universales y las fuerzas y organizaciones internacionales, queramos o no, influyen en la vida propia e íntima de cualquier pueblo o Estado. Uno de estos acontecimientos ha sido la celebración de las elecciones norteamericanas y la victoria, a escala universal, de Richard M. Nixon.

Las elecciones se celebraron el día 5. El día 4 publiqué en el periódico *El Alcázar* un artículo en el que pronosticaba la victoria de Nixon y la liberación de Cuba si el candidato republicano lograba la victoria. He vivido cerca de veinte años fuera de España dedicado al servicio diplomático. Por mi larga permanencia en Cuba he tenido ocasión de visitar y permanecer muchísimas veces, y conocer de cerca, al pueblo y a la política norteamericana. Por ello puedo ofrecer una experiencia a los carlistas en esta hora de confusión ideológica en que se ataca a los norteamericanos a veces con demasiada injusticia.

El resumen de mis opiniones, juicios y noticias es el siguiente:

1.^a La Internacional Comunista hacia aproximadamente un año que había destacado a sus agentes más preparados para trabajar en Estados Unidos e impedir por todos los medios el triunfo de Richard M. Nixon. La intervención comunista en las elecciones norteamericanas es un hecho, un dato comprobado y ya indiscutible. Para los planes mundiales del Comunismo Internacional, el Presidente favorito era H. Humphrey.

Por lo tanto, el mundo entero, y en particular España, se ha librado de la influencia marxista, que estaba calculada y preparada sobre la base del triunfo del candidato demócrata.

2.^a Richard M. Nixon es un amigo de España; un admirador de Francisco Franco y de la epopeya de nuestra Cruzada, en la que el Carlismo posee una proporción esencial.

3.^a La liberación de Cuba será un hecho durante el mandato de Richard M. Nixon. Esta noticia procede de fuente exacta y pura. Esta liberación no es asunto exclusivo de los cubanos. Interesa a todos los españoles dignos, a todos los que creen en la vivencia real de la Hispanidad, y por ello los Carlistas debemos seguir apasionadamente cuanto acontezca en aquella isla tan española y que vive en agonía desde enero de 1959.

4.^a En el orden internacional, si acertamos con el lenguaje propio y matemático, que la idiosincrasia norteamericana no sólo entiende, sino que con él se entremece, podemos alcanzar una potencia económica, financiera, política y militar como jamás tuvimos.

5.^a Con Richard M. Nixon en la Casa Blanca de Washington, el Ejército español podrá ser dotado del más moderno armamento tanto convencional como nuclear.

Estas cinco afirmaciones me hacen reflexionar sobre la actitud de extrema neutralidad de algunos órganos importantes de opinión y, sobre todo, me hace juzgar inaceptable la postura de algunas revistas y periódicos contra el electo Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica aun después de su victoria.

El lenguaje y la tristeza porque fue derrotado Humphrey es la misma que la que hemos oído a Radio Moscú, a Radio España Independiente y a Radio Habana, esta última enloquecida por los presentimientos...

No barruntábamos que la influencia marxista había llegado a tales extremos en España. ¿Qué hubiera, pues, ocurrido si el candidato al que la Internacional Comunista ordenó apoyar hubiere ganado las elecciones?

Se especula con la escasa diferencia de votos populares, y además se está dando una versión inexacta sobre lo que han supuesto los doce millones de votantes del candidato independiente Mr. Wallace. He aquí una explicación:

A) La suspensión de bombardeos en Viet-Nam del Norte, con la remota posibilidad de que la guerra del Viet-Nam concluyese, retrajo los votos de miles y miles de madres y esposas de cuyos hogares están ausentes los soldados norteamericanos que luchan en Viet-Nam. Si la suspensión hubiera sido veinticuatro horas después de las elecciones, otro hubiera sido el resultado.

B) Los votos de Wallace, ideológicamente, se hubieran ido todos o casi todos para Richard M. Nixon. ¿Por qué? Porque el desgaje del Partido Demócrata, los inconformes con su política, se hubieran ido a la contraria como única existente: o sea, hubieran votado por Nixon de no aparecer en escena Mr. Wallace.

No es raro que, en ocasiones, votos de los republicanos vayan a los demócratas y viceversa, aunque continúen después en el mismo partido los electores.

Aquí mismo, en Madrid, conocemos norteamericanos que perteneciendo al Partido Demócrata votaron por Nixon.

Y es que los ciudadanos de Estados Unidos que llevan una temporada en Europa ven con mucha más claridad el panorama político internacional; sobre todo la presencia y peligro del Comunismo.

Por estas dos razones, los juicios de que Mr. Nixon está atado para un eficaz gobierno de su personal equipo están fundados en el aire, ya que la opinión americana sabe bien lo que representan las dos razones que acabo de exponer.

EL CARLISMO NO ESTÁ DIVIDIDO

El INFILTRADO, un nuevo ente religioso y político

Hemos resurgido para la unidad, no para la división

Más a menudo de lo que es normal se suelen oír estas frases: el Carlismo está dividido; la atomización del Carlismo; la Comunión Tradicionalista es víctima de una enorme división.

Y es el caso de que tales comentarios provienen de tres campos distintos: del enemigo, de explanadas afines y, lo que es más asombroso, de los propios tradicionalistas.

Cualquiera puede echar de ver que la propagación indefinida de este juicio no sólo no favorece al Carlismo, sino que va en contra de la propia España en estos momentos verdaderamente cargados de amenazas y llenos de peligros dentro y fuera de nuestras fronteras.

El Carlismo es una gran familia en la cual puede haber diversidad de opiniones en temas secundarios, pero nunca en la doctrina fundamental. Incluso es normal que existan discusiones sobre procedimientos, pero esto no significa la ruptura del cuerpo histórico doctrinal.

¿Cuál es esa doctrina que todo aquel que la mantenga y defienda está incorporado, espiritualmente al menos, al Tradicionalismo español?

Esa doctrina que forma un cuerpo intangible de verdades sociopolíticas, teológicas y patrióticas está en el reliario de nuestros pensadores, en la historia guerrera de nuestros Ejércitos y en la actuación política de los hombres que en los puestos de responsabilidad han dirigido al Carlismo, a la Comunión Tradicionalista en el casi siglo y medio de vida de su existencia, desde los Reyes Legítimos hasta los Jefes Delegados, Secretarios y Jefes Regionales en las distintas Ramas de la Organización.

Donoso Cortés, Aparisi y Guijarro, Jaime Balmes, Méndez y Pelayo y Vázquez de Mella, con Manterola, Barrio y Mier y tantos otros ilustres hombres, forman el primer equipo histórico doctrinal que, desentrañando la historia de España, formula los principios filosóficos y teológicos, y desde éstos desciende a la sistematización política y aplicación práctica, a las realidades socio-políticas, ocurridas en todo el siglo XIX y parte del XX.

Es años después cuando surge otro equipo doctrinal de primerísimo orden y que acusa su presencia política en las Cortes de la República de 1931 al 1936: Víctor Pradera, Esteban Bilbao, Larramendi, Lamamié de Clairac, Ramiro de Maeztu, el Conde de Rodezno y otros pensadores ilustres continúan la exposición de la doctrina de los anteriores maestros, aportando nuevas ideas y proponiendo fórmulas nuevas para su aplicación y defensa en aquel periodo de lucha doctrinal y de jugarse la vida por defender el acervo histórico que pensadores, guerreros, políticos y reyes nos habían transmitido.

No haremos aquí hincapié en la discutible desviación jerárquica de alguno de los hombres citados, porque nos importa destacar la unidad histórico-doctrinal mantenida por todos.

Precisamente los «Círculos Vázquez de Mella» han nacido para unir, no para dividir. En esta etapa en que hemos salido con un vigor que a nosotros mismos nos sorprende, los «Círculos» se han impuesto, entre otras metas, una muy marinera: lanzar a los abismos de los océanos el renacuajo viscoso y feo de una mala costumbre: «fulano de tal es un traidor». Así, sin más ni más. Sin pensar en la historia personal y a veces heroica de la persona calificada tan injustamente, la cual en servicio de la Causa y

de la Dinastía había gastado toda una vida conmovedoramente rectilínea.

Esto no quita para que no advirtamos que en esta etapa que estamos cubriendo ha aparecido por vez primera un nuevo tipo de ser humano en los órdenes religioso y político: el INFILTRADO, el que tiene por misión destruir por dentro la organización en que se encuentra.

La buena intención y la normal voluntad del ser humano y de las organizaciones espirituales en que se inscribe nunca tuvieron, como ocurre ahora, que contar con ese ente a escala de organización sutilísima y perfecta que se llama y es el INFILTRADO. El INFILTRADO vive y come a la misma mesa; dice y habla igual que nosotros; aparenta entusiasmarse con las mismas ideas, recuerdos y vivencias, y en medio de su natural desenvolvimiento va tejendo poco a poco una malla finísima de tergiversaciones y de cambios que, de no cortarse a tiempo enredarán, pudriéndola, a toda la masa pequeña o grande que le rodee.

El INFILTRADO es hombre de talento que sabe colocarse en puntos clave o, si no, sabe manejar a elementos de poca capacidad intelectual que ocupan esos mismos puntos clave y sin que ellos se den cuenta son manejados como los títeres en el retablo de Maese Pedro. Hasta que se descubre el individuo, el organismo objeto de infiltración está enfermo y, a veces, al ser descubierto el INFILTRADO ha sido tan demoledora su acción que deja agónico al ser que aprisionó con sus tentáculos invisibles.

Hay hombres buenos, estupendos, que sin quererlo y saberlo repiten como papagayos las consignas, juicios y opiniones de los INFILTRADOS.

Para el auténtico Carlismo no es difícil, aunque si laborioso, el descubrir a los INFILTRADOS. Basta aplicar los moldes de la doctrina tradicionalista fundamental a lo que ellos digan, hagan o deseen y quedarán al aire, al desnudo. Pero no todos están capacitados para aplicar esos moldes, aunque es cierto que existe una reacción instintiva para detectar las infiltraciones enemigas cuando el hombre español conoce bien el pensamiento clásico del Tradicionalismo y la conducta de los que lo defendieron y sustentaron.

No está tan dividido el Carlismo. Pero no negamos que esa víctima de una calculada infiltración, alrededor de la cual giran sin saberlo excelentes personas, sobre todo jóvenes, cuya natural inexperiencia les hace ver como enemigos a sus únicos y verdaderos hermanos, mientras los auténticos traidores se rien en los conciliabulos donde se elaboran las técnicas de unos infiltrados concretos con la misión de destruir por dentro a una de las mejores y más potentes fuerzas que existen en Europa al servicio de la Iglesia y de España: el Tradicionalismo.

Por tales razones apelamos a la conciencia de los miles de socios de los «Círculos Vázquez de Mella» para que, estudiada a fondo nuestra doctrina, calibrados sus pensamientos a la medida y milímetros de las necesidades modernas y de las realidades en que estamos inmersos, al finalizar el siglo XX, se den con ánimo a descubrir a los posibles INFILTRADOS, pero nunca a la interna división que tales seres provocan, desterrando los peyorativos aplicados sin ton ni son a personas y entidades cuya historia no ha sido otra cosa que un rosario de lealtades a Principios e incluso a Personas.

El por qué del Carlismo navarro

El ilustre profesor don Francisco Elías de Tejada ha publicado en «El Pensamiento Navarro» el artículo que reproducimos a continuación, y con cuyas tesis estamos por completo de acuerdo.

Hace pocos días, dialogamos en Barcelona con una de las más preclaras mentes navarras de nuestro tiempo, con Rafael Gambre, asomó a nuestra conversación amiga el tema tal vez más sugestivo de la historia del Carlismo: el porqué del Carlismo navarro. Que a mi ver deberá ser estudiado teniendo en cuenta, además de la realidad del primer reino vasco, la jerarquía de valores políticos inscrita en el lema sacroso: Dios, Patria, Fueros y Rey. Dios, unidad religiosa y catolicidad imperial de las Españas misioneras. Patria, sistema institucional de una monarquía federativa cuya razón de unidad estaba, por encima de las varias realidades de los pueblos bajo su lábaro alistados, en la certeza honda de la actividad universa de su catolicismo militante. Fueros, vistos por sistemas de libertades políticas concretas. Rey, cuya doble misión estaba en aunar los varios pueblos españoles y en guiarlos a la empresa de la catolicidad misionera. Dinastía, cuya legitimidad de ejercicio superior a la línea de la legitimidad de origen, consistía en servir la hazaña de la misión histórica, brazos armados de Roma, y en mantener la unidad berroqueña de las Españas dentro del respeto a las libertades forales.

Porque el Carlismo de Navarra no es un hecho romántico, ni pura ilusión de emotividades, ni azar de corazones generosos. Tuvo su razón de ser y cabe su explicación histórica. La cual ha de ser buscada en la situación del Reino navarro a comienzos del siglo XIX.

Hoy todos tienen en labios la palabra libertad. Está de moda. Es el signo del siglo. Los progresistas la usan como ariete, los conservadores como engaño. Hablar de Libertad, así con la mayúscula y sonora, parece ser requisito necesario para andar al compás de los tiempos, ni más ni menos que la minifalda, el talante agrio, la desazón juvenil, el «izquierdismo» de los socialistas de opereta y otras características de la hora de hoy.

Pero mucho me temo que quienes tanto usan, y abusan, de la libertad en boga no se hayan parado a reflexionar que Navarra fue carlista porque era libre y que si otros pueblos españoles no fueron carlistas es porque ignoraban la libertad verdadera que Navarra poseía.

Por supuesto que la libertad navarra no es la libertad declamatoria, estúpida, mitinesca y vacía de que hablan nulenes se jactan de ser sus campeones. Gracias a Dios, Navarra no conocía entonces tal libertad, hija de la revolución burguesa, que Dios quiso ahorrar la tragedia de padecerla en las carnes de sus instituciones políticas y de sus estructuras sociales. Para entender la libertad navarra, clave y causa del Carlismo espléndido, hay que separar la libertad revolucionaria de las libertades concretas y cristianas de sus Fueros.

A principios del siglo XIX, por un azar rayano en el milagro, Navarra venía conservando sus fueros sagrados en la plenitud de sus vigencias. El absolutismo borbónico, importado de Francia, extranjero y europeo, no había herido sus libertades verdaderas, ni interrumpido el curso de su normal historia política. Navarra no supo de decretos de nueva planta ni de salvajadas como la de Játiva, digna de un bárbaro mongol más que de cristiano príncipe del Occidente. Los Borbones, enemigos de las libertades euskeras, no habían conseguido aniquilarlas. La máquina de las instituciones forales, navarrísimas, españollísimas y liberrísimas, funcionaban a la perfección. Y en sus Fueros los navarros conocían cuál era la verdadera libertad vivida, frente a la fantasmagoría áerea de las libertades abstractas del liberalismo revolucionario.

Mientras el varón de Madrid o de Sevilla, al escuchar las sirenas de la libertad a la europea, había de elegir entre ella y el absolutismo dieciochesco, porque no sabía nada de las verdaderas libertades inscritas en los sistemas forales, el hombre de Estella o de Sangüesa tenía otros extremos de elección; había de optar entre la libertad revolucionaria y las libertades concretas de sus Fueros. Y por lo mismo que el madrileño o el sevillano se dejaron seducir por la mentirosa hojarasca del 89, el navarro no cayó en el equívoco engañoso y prefirió las libertades de la Tradición, a la libertad abstracta de la revolución.

Por eso fue carlista. Porque el Carlismo era la perduración de sus libertades auténticas. Por lo mismo que el madrileño o el sevillano no fueron carlistas, porque ignoraban dónde estaba la verdadera libertad. Navarra fue carlista porque era libre; los demás hispanos no fueron carlistas porque carecían de puntos de referencia en que aprender la libertad auténtica. Navarra, Carlismo, Fueros y Libertades cristiana son la misma cosa, tal como son su antítesis Madrid, liberalismo, revolución y centralismo igualitario a la francesa.

Cuando los Reyes carlistas juraban los Fueros de Navarra reconocían los sistemas de libertades concretas a la española y en su juramento renovaban ante sus pueblos aquella parte de la legitimidad del ejercicio que les constitúa en guardianes de la esencia libre de las Españas contra las barbaries europeas.

Siendo para mí placer inmenso saber que un hombre de la talla de Rafael Gambre se adhería a esta visión mia del Carlismo de Navarra, él que ha subido a la cumbre del saber navarro por el sendero de su Carlismo insobornable.

Gracias, amigos

Si alguna duda nos quedaba por disipar, en cuanto a la publicación del Boletín de nuestro Círculo, la acogida dispensada por todos al número 1 del VM, ha venido a dar la razón a los más optimistas.

La tirada, de cinco mil ejemplares, ha quedado por completo agotada. Sólo disponemos de unos pocos números, imprescindibles para nuestro archivo, y aún lamentándolo mucho no podemos servir ya más ejemplares.

En cuanto a este número 2, lo recibirán, en primer lugar, cuantos nos han enviado su inscripción —muy generosa y amplia por cierto—, y en segundo término, los socios del Círculo Vázquez de Mella en todas las capitales y pueblos de España.

Pero en todo caso, como hemos aumentado la tirada, pueden hacérseños pedidos de ejemplares al Apartado de Correos 12.577 - Madrid-12; y con mucho gusto complaceremos a todos.

LA «CONQUISTA» DE NAVARRA PARA LA CULTURA VASCA

Puñalada de la venganza marxista contra los Feros

Comedias de enredos, calificativo real a unas pretendidas hazañas «épicas»

No hay derecho a engañar a la juventud navarra

Por Angel MUÑAGORRI

En una publicación diaria muy respetable y muy querida, por su solera, se publicaron hace unos días unas declaraciones en las que un músico vasco, Xabier Lete (respeto la grafía, que en castellano corresponde al nombre de Javier), llegó a decir lo siguiente: «Para nosotros, Navarra es un jalón muy importante, es la Plaza Fuerte del País Vasco. No lo digo por lanzar una flor. La conquista plena de Navarra para la cultura vasca supondría un logro trascendental.»

¿Esta declaración es meramente cultural o es política? Nadie como los «Círculos Vázquez de Mella» pueden propugnar el desarrollo de los valores culturales autóctonos. La personalidad de las regiones incluyen su lengua vernácula, su poesía, su arte indígena, su propia tradición jurídica. Pero Navarra, conservando los valores culturales que «lo vasco» atesora, tuvo siempre un desarrollo cultural, acorde con el del resto de la nación. Contraponer la cultura vasca al resto de la cultura nacional no tiene fundamento científico alguno y sería un ataque a la misma cultura, que se trata de exaltar. De otro modo sonaría el que se dijese que el valor de la música y jota navarras es tan excelente, que revalorizaría a toda la música vasca el saber incorporarle a ella, por la indudable identidad de sus raíces y temas.

No tenemos derecho a suponer que en las manifestaciones de Xabier Lete había larvada una intención política.

Primer, porque Navarra ha entregado a España tanta sangre y tantas vidas, como cogollo vital del Carlismo, que no puede quedar a la opinión de un cantante, por muy valioso que sea, el hacer tan disparatado juicio de intención separatista. Y segundo, porque el único modo de la venganza marxista contra Navarra, sería la puñalada por la espalda, que a esto equivaldría provocar un separatismo, que destruyese sus Feros y Privilegios, reconocidos por la Legislación Vigente, como manifestación de gratitud al heroísmo, derrochado en defensa de toda España.

En la publicación de referencia se dice, además: «Xabier Lete... se hizo épico en la Balada por Ernesto Che Guevara.» Nos produce náuseas el que se siga engañando a la juventud española con el supuesto heroísmo del Che Guevara y con sus «épicas hazañas». Todo el tinglado de la fama de este pobre hombre ha sido montado por la Internacional Comunista. Es decir, por la misma Entidad que decretó su abandono, porque el Che había llegado a convencerse, intimamente, de que el Comunismo marxista, no resolvía los problemas y las necesidades de los pobres del mundo. Y el Che huyó de Cuba antes de que lo asesinasen, y sus guerrillas no eran otra cosa que su deseo de conquistar una nación desde la cual pudiera decir a Fidel Castro: «No eres el único; soy tanto como tú.» Llamar épicas a las escaramuzas del Che en Cuba y en Bolivia es no tener idea de lo que es lo épico; cuando más, lo épico se reducía a comedias de enredos con mujeres fáciles que terminaban en dramas nada heroicos.

Que este juego le costó la vida. ¿Y qué? A todo el que se la jugaba por las serranías de Ronda y perecía entre peñascales no se le adjudicaba el calificativo de héroe, mártir u hombre de «épicas» hazañas; cuan-

do más, se le reconocía la valentía de defenderse, atacar, huir y morir.

Porque si en alguna región española no puede hablarse ligeramente o con menoscabo de la verdad de hazañas épicas, esa región es Navarra, que las hizo por millares y las contó por docenas.

Un poco más de respeto merece una juventud hija del heroísmo navarro, a la que ni se debe ni se le puede engañar con la exaltación de un fantasma en el cual los que lo trajeron y conocieron sabían y saben que había una crueldad sin límites cuando en la fortaleza de La Cabaña, de La Habana, ordenaba las matanzas de los que juzgaba enemigos, y entre ellos a españoles, por el delito de haber luchado en España al lado de los Requetés de Navarra en contra del Comunismo y de sus brigadas internacionales.

Algun día se caerán las nubes de la propaganda y quedarán al desnudo las reales y miserias pasiones que dominaron al Che Guevara durante su vida, jalona con la sangre de inocentes víctimas en sus acciones de Guatemala, Cuba, Perú y Bolivia. Y téngase siempre en cuenta que exaltar al Che Guevara es cumplir una consigna comunista, es propagar la ilusión por la doctrina marxista. Y esto jamás podrá hacerse desde el campo Carlista, que por principios primero y por historia después, es la antítesis de lo marxista-leninista, y lo demostró en todos los frentes de guerra de España, donde los Requetés navarros morían a millares para que el Comunismo jamás se apoderase de nuestra patria.

Traición y crimen sería que publicación alguna nacional, y mucho más si fuera de origen Carlista, cayese en la abyección de dar el más mínimo pretexto a la divulgación de personajes y doctrinas contra los que Navarra lanzó en torrentera la sangre moza y la de sus mismos ancianos y niños en una hazaña de tanta grandeza épica que aún espera al creador (poeta, que eso significa aquí el verbo crear) que la cante en versos homéricos o en estrofas inspiradas por ángeles divinos.

Si el absolutismo es sinónimo del despotismo, el sistema absolutista hallará su más implacable enemigo en el Carlismo. Porque el espíritu carlista es cristiano; y es pagano, esencialmente pagano, el absolutismo, como continuación del cesarismo antiguo.

En la monarquía cristiana, si una disposición del rey es contraria a los eternos e inmutables principios de la justicia, queda sin efecto, y es devuelto con la fórmula, poco servil por cierto, de «Se obedece pero no se cumple».

Vicente MANTEROLA

La «carta a los españoles» de la Princesa de Beira

Por Luis RUIZ HERNANDEZ

Tristes eran las perspectivas que se ofrecían al Tradicionalismo en los comienzos de la sexta década del siglo XIX, esto es, hace un siglo. Perdida la guerra de los Matiners, que tan bravamente acaudillara en Cataluña el general Cabrera, quien ante la ingente superioridad de medios de que disponía el enemigo hubo de dar por terminada la lucha en mayo de 1849, no se realizó otro intento de carácter militar hasta el año 1860, con el desembarco de tropas del Ejército de guarnición en las islas Baleares, en San Carlos de la Rápita, el 2 de abril de dicho año, al mando del capitán general, el valiente y pondonoroso mariscal de campo don Jaime Ortega Olleta.

No era muy numerosa la fuerza que integraba la expedición: componíase tan sólo de 3.500 hombres y cuatro piezas de artillería. Para lanzarse a esta aventura contábase con muchos comprometidos, algunos de elevada posición, incluso el propio Rey consorte, don Francisco de Asís (que siempre creyó en el mejor derecho de don Carlos V y, naturalmente, de su descendencia). También figuraba entre ellos el famoso banquero Marqués de Salamanca.

A la hora de la verdad fallaron muchos de estos comprometidos y no funcionaron los mecanismos que habrían de cooperar a esta empresa. Pero si le acompañaban en su aventura Carlos VI, Conde de Montemolin, y su hermano menor, el infante don Fernando, que iban vestidos de paisano.

Al darse cuenta Ortega de que sus tropas no le seguían y aún se amotinaban, corrió a avisar a los príncipes para que se pusieran a salvo al tiempo que lo hacia él mismo acompañado de su estado mayor. La fatalidad quiso que el día 4 cayera en manos del alcalde de Calanda (Teruel), quien lo entregó a las autoridades militares, que le sometieron a un consejo de guerra que no por ser ilegal dejó de condenarle a muerte, cuya pena se cumplió el 21 de abril. Tanto durante el sumario como en la vista en consejo y en su fusilamiento, conservó el general Ortega gran presencia de ánimo y gallardía, sin querer dar nombre alguno de los comprometidos, y no sólo esto, sino encareciendo a su ayudante, el valiente e hidalgó coronel Caverio, que por ningún caso revelase nombre alguno.

Los dos príncipes, don Carlos Luis y don Fernando, obligados por las circunstancias y en evitación de males mayores, renunciaron en sendas actas fechadas en Tortosa el 23 de abril, con lo que quedó como sucesor de Carlos V su otro hijo, don Juan Carlos (Juan III), que si bien en un principio pensó en acompañarles en su expedición, se había quedado en París.

Cuando ocurrió lo que relatamos era ya don Juan hombre de treinta y ocho años, imbuido por completo de ideas liberales, culto y reservado, pero de conducta privada un tanto extrafamiliar. Separado de su esposa y de sus dos hijos, Carlos (el gran Carlos VII) y Alfonso, a quienes guardaba celosamente aquélla para que no se contaminasen con las extravagancias de su padre.

Pues bien, no más tarde del 2 de junio de aquel año 1860, dirigió un manifiesto a las Cortes españolas (que por este simple hecho reconocía como legítimas) afirmando que no quería «subir al trono encontrando cadáveres en las gradas». Esta actitud de don Juan obligó al Conde de Montemolin a publicar (con fecha 15 de junio) en Colonia la retractación de la renuncia que hizo en Tortosa, y así se lo comunicaba a su hermano, añadiendo que la hubiese man-

tenido de no existir estas dificultades y diferencias ideológicas.

Estimó improcedente la retractación el Conde de Chambord porque no consideraba como fundamental en el Carlismo la cuestión de principios, que era el verdadero motor del partido (1).

En enero de 1861 fallecen, víctimas de rápida enfermedad, los infantes don Carlos Luis y don Fernando, así como la esposa del primero, la bondadosa doña Carolina de las Dos Sicilias, cuyos cadáveres reciben sepultura en el panteón de la iglesia de San Justo, de Trieste. Con ello quedó don Juan como Rey legítimo de España, conforme a la Ley sucesoria, aunque no era el Rey tradicionalista, sino democrática, y como tal vino de incógnito a España, donde continuó sus intrigas de toda clase para lograr colaboraciones con las que conseguir el trono. Nada consiguió sino el apartamiento cada vez más profundo de los Carlistas y el desprecio y las burlas de los demás. En su vejez llegó a presentar una humillante sumisión a Isabel II por medio de maniobras e intrigas que fracasaron por completo, cubriendole de oprobio. Hay que decir, en honor a la verdad, que en todo este tejido de incongruentes maniobras era eficazmente ayudado, cuando no inspirado, por una pequeña camarilla a cuyo frente estaba el famoso Téllez de Lazcano, turbio personaje del que dice un distinguido historiador que «fue uno de los hombres más desacreditados de aquella época; con sus aventuras se escribieron episodios de novela picaresca. Este fue el hombre que dirigió durante su actuación política a don Juan de Borbón» (2).

Con todo, «creyó don Juan que los partidos leales lo eran por afecto a una persona o a una dinastía, y que esta persona o esta dinastía imponía su pensamiento a la masa fiel. Era el error de don Juan, comprensible por sus escasos contactos con la orgullosa alma española» (3). Y empleaba en sus escritos un lenguaje con frases tales como la de que goberaría, si era llamado al trono, «de acuerdo con los progresos e ilustración del siglo», «que en sí no tiene nada de grave, pero su mal estaba en que identificaba con el lenguaje entonces en uso entre los progresistas» (4).

Así estaban las cosas cuando la entereza de la Princesa de Beira, Infanta de Portugal, doña María Teresa de Braganza, segunda esposa de Carlos V, salvó al partido carlista, que siendo legitimista se encontraba separado del Rey legítimo. «Fue ella la que recogió la dirección del partido Carlista y estableció las firmes bases de su antiliberalismo en la maravillosa *Carta a los españoles*, en cuya confección intervinieron el escritor Pedro de la Hoz y el Obispo de la Seo de Urgel, doctor José Caixal» (5). Maravilloso manifiesto que en muchos aspectos vendrá a ser Carta fundamental para la doctrina del partido Carlista.

(1) «Pirala», citado por Melchor Ferrer, *Historia del Tradicionalismo español*, tomo XXII, pág. 67.

(2) Conde de Rodeno: *La Princesa de Beira y los hijos de don Carlos*.

(3) Melchor Ferrer: *Historia del Tradicionalismo español*, tomo XXII, pág. 67.

(4) Melchor Ferrer: *op. cit.*

(5) Melchor Ferrer: *Breve historia del Legitimismo español*. Madrid, 1938, pág. 62.

La carta contesta a tres preguntas que, dice la Princesa, se le habían hecho especialmente. Estas preguntas son:

- 1.º ¿Quién es el Rey?
- 2.º ¿Qué pienso yo del liberalismo moderno español?
- 3.º ¿Cuál será nuestra divisa para el futuro?

«Dice a lo primero que don Juan había perdido la legitimidad de ejercicio y que debía recibirse por Rey a su hijo Carlos VII. Presentase de esta manera el bello concepto de la legitimidad. Si nuevas teorías intentaban hacer de la voluntad popular, generalmente ciega, muy a menudo tornadiza y siempre momentánea, base de la autoridad y el derecho, importaba establecer que la legitimidad, obra de la Historia, era el vínculo que unía a la autoridad que de Dios viene y la persona que la encarna por expreso mandato de todas las precedentes generaciones. Pero era doble esa legitimidad: de origen y de ejercicio; y si lo primero el nacimiento lo daba, lo segundo podía en la vida perderse, y se perdía al echar a un lado leyes fundamentales. Ninguna tan fundamental en España como la unidad católica, alabada por Palmerston y Guizot, que don Juan, adhiriéndose al Liberalismo, arrojaba por la borda. Y la Princesa de Beira, verbo de la Tradición entonces, decide que no era Rey.

Contestaba a la segunda que el liberalismo era contrario a España, a quien fue impuesto con engaño y por la fuerza. En la práctica había ya acarreado a nuestro desgraciado país el hundimiento de sus libertades, la división de los españoles en partidos, la instabilidad de gobiernos e instituciones, el desarreglo de la hacienda y el someter un pueblo de tan brillante pasado a normas, si no a órdenes, en el extranjero dictadas (6). En el terreno de los principios había sembrado la más alta discordia y la desorientación más desplorable; puso en las masas el origen del Poder, pretendió emancipar la razón de sus naturales trabas, convirtió los hechos consumados en perniciosa fuente de derecho; por un contrasentido nada más que aparente abrió al despotismo la puerta al hacer también del Estado manantial de derecho; hizo, por último, a la opinión pública reina del orbe. Todas estas cosas y los efectos que ya producían eran con España incompatibles. Por eso la Princesa de Beira nególes el agua y la sal» (7).

«Y ofreció el bálsamo: Con sólida trabazón de motivos y razones, como cuerpo de doctrina apto para renir todas las batallas, fijóse en la obra de los siglos. Habiase de conservar ésta en lo que se pudiera y en ella inspirarse al modificarla. De la unidad católica que a España creó y de la monarquía cristiana que fue su piloto, brotaba la divisa: Religión, Patria y Rey. El Santo Nombre de Dios, las llamadas para que los voluntarios corriesen en defensa de la Patria y los vitoryes al Rey habían esmaltado las proclamas y alocuciones de Carlos V, Zumalacárregui y Cabrera. Sonó la hora de concretar. Y en adelante, cual guión que explicara la verdad del título histórico español, pondría el Tradicionalismo sobre su cabeza y sobre su corazón el voluntario, un haz de tres palabras, por su orden jerárquico, en lema que encierra no filosofía, sino teología de la historia. El viejo lema por el cual —«Acción Española» lo dijo— la más noble sangre se ha vertido en el siglo XIX en España: Dios, Patria y Rey (8).

Y sigue el comentario de Juan José Peña:

«El sistema tradicional —nos dice Minguijón— no se dio a sí mismo por acabado, no descansó en la confianza de lo perfecto.» La síntesis de sus principios se encerraba en el trilema «Dios, Patria y Rey», y con arreglo a esto se daría solución a cuantos problemas las necesidades de los tiempos plantearan. La expli-

cación católica del destino de la humanidad que Donoso Cortés en su correspondencia con Montalembert expusiera, es decir el concepto católico de la vida, puso el Carlismo en la base de su construcción ideológica. Sobre ello levantóse una doctrina de equilibrio profundamente humana porque dependía de fundamentos de orden transcendente inspirados en su esencia y en sus matices por el Derecho Natural, el Derecho Público cristiano y la realidad histórica de España. Proclamáronse así los carlistas católicos sobre todas las cosas, amantes de la más gloriosa Patria del mundo y fervorosos partidarios de la Monarquía Tradicional por los españoles elaborada durante siglos.»

«Si de Dios viene el poder, a través del pueblo se comunica a quien ejerce la soberanía. En esto se funda la intervención que la sociedad, por medio de sus órganos históricos y reales, debe tener en el Gobierno.» «Quien ejerce el poder puede caer en vicio de ilegitimidad.»

«El Carlismo rechazó el laicismo del Estado y propuso como fundamento de la reconstrucción de la Patria la unidad católica, «símbolo de nuestras glorias, espíritu de nuestras leyes y bendito lazo de unión de todos los españoles».

«El Carlismo entendió por gobierno absoluto una especie de tiranía, y por eso quiso que el Rey ejerciera plenamente el poder con las limitaciones naturales que a éste acompañan. De antiguo conocieron los españoles: «Rey serás si facieres derecho, et si non facieres derecho non serás rey», decía el Fuero Juzgo. Y hubo siempre razones y fórmulas que evitaban el posible despotismo real: desde el «obedécese y no se cumple» de los mecanismos forales hasta las libérrimas explicaciones de los teólogos que en Salamanca o Alcalá ponderaban cristianas libertades.»

«Porque siempre fue España país de libertad y tiene nuestra legislación, hasta la más vieja, timbres de gloria desconocidos en otros pueblos.»

«El rey debería ser el padre de su pueblo con arreglo a las leyes fundamentales, teniendo en su torno el sesudo parecer de los Consejos y al Reino junto en Cortes.»

«Arrancó todo esto para su definitivo desarrollo de la Carta que la Princesa de Beira escribió, de la cual salió el Carlismo armado de todas las armas, como Minerva de la cabeza de Júpiter. Y bien lo habría menester para salvar aquel desordenado frenesi de los errores revolucionarios y de los excesos que a su sombra crecían y que la paz y sosiego del país a tal punto turbaron» (9).

Por su parte, Melchor Ferrer (10) dice: «... lanzó (la Princesa de Beira) este maravilloso manifiesto, que

(6) Como muestra de ello dice en la carta literalmente: «Yo no puedo leer sin confusión los sucesos de la guerra de África (alude a la campaña 1859-60) y de la expedición mejicana (1862). En la primera bastó una palabra de Inglaterra para que nuestras armas victoriosas, y estando casi a sus puertas, no entrasen en Tánger; en la segunda bastó un consejo de la misma para que nuestra división, que debía haber hecho el primer papel en aquel nuevo imperio, no hiciera ninguno. Mas para renegar del servilismo extranjero es preciso que todos los liberales de corazón se unan a nuestra divisa: Religión, Patria y Rey.»

(7) Juan José Peña: *Las guerras carlistas*. San Sebastián, 1940, capítulo XXI, págs. 221-22.

(8) Juan José Peña Ibáñez: *op. cit.*, pág. 222.

(9) Juan José Peña Ibáñez: *op. cit.*, págs. 223 y sigs.

(10) *Historia del Tradicionalismo español*. Tomo XXII, págs. 111 y sigs.

en muchos aspectos vendrá a ser carta fundamental para la doctrina del partido carlista. La reina viuda, después de haber afirmado los principios básicos del tradicionalismo y declarar que los derechos personales arrancaban y se mantenían por la lealtad a los principios que los consagraban, hasta el extremo de que si faltaba el Rey a ellos, dejaba de ser Rey...».

«Poco después, una voz augusta, la de S. S. el Papa Pío IX, confirmaba los principios religiosos del anti-liberalismo de la Carta a los españoles con la publicación del *Syllabus* en noviembre de 1864, es decir, que el documento carlista había precedido en dos meses al documento pontificio y, lo que es más, es que había acertado totalmente en su doctrina.»

«Por haber tenido un contenido ideológico puro, incontaminado, el Carlismo pudo subsistir durante más de un siglo...»

Y esto lo hace incomprendible a los extranjeros y hasta a los principios extranjeros ... (11).

Los principios y conclusiones de la Carta de la Princesa de Beira fueron tratados, como es lógico, por Vázquez de Mella con sus acostumbradas elocuencia y profundidad; insistió en que «la legitimidad de la persona está subordinada a la de la Institución».

Demostró con esto el Carlismo que gozaba de excelente vitalidad, ya que, como hubo de decir Menéndez Pelayo, «ley forzosa del entendimiento humano en estado de salud es la Intolerancia». Y gracias a esta santa intolerancia ha podido subsistir y actuar con abnegación y espíritu de sacrificio, desde luego, pero que no ha resultado inoperante ni mucho menos aunque no haya conseguido para sí provechos materiales ni lucros terrenos de ninguna especie.

«Sólo lo que ofrece resistencia puede servir de apoyo», dijo Spengler, y esta resistencia del Carlismo sirvió en anteriores ocasiones para apoyo de las sanas reacciones del pueblo de España contra la Revolución y servirá para lo mismo, Dios no lo quiera, si preciso fuere en el porvenir.

Terminó don Juan abdicando de sus derechos a la Corona de España en su hijo primogénito, don Carlos de Borbón y de Austria-Este, con fecha 3 de octubre de 1868. Esto es justamente hace ahora un siglo. Por esta razón nos ha parecido oportuno recordar los acontecimientos que dieron lugar a la *Carta a los españoles*, así como dar a conocer, siquiera sumariamente, el contenido de la misma con algún breve comentario.

Pues, de otra parte, los momentos porque atraviesa actualmente el Carlismo son, en varios aspectos, muy semejantes a aquellos que hemos recordado y considerado. Confusión ideológica en ciertas alturas que, si entonces se comprendía en una palabra, liberalismo, puede hoy designarse con otra también, progresismo, que es aún peor, pues ya sabemos que este error (suma y compendio de otros) es por tanto liberalismo, en frase vulgar corregido (para mal, no para bien) y aumentado.

Por ello, el pueblo Carlista, el católico, patriota, sano, leal, busca una orientación en medio de tan grandes desvaríos y claudicaciones, y ésta no puede hallarla más que en la sana y auténtica doctrina tradicionalista, tal como la sistematizó y expuso con su profundidad y elegancia características el gran Vázquez de Mella.

Entonces hubo una Princesa de Beira que enderezó lo que estaba torcido y con su probidad, energía y visión política sacó al Carlismo del punto muerto en que se encontraba por las veleidades y errores de don Juan. Quiera Dios proporcionarle en los momentos actuales otra Princesa de Beira.

HA MUERTO UN GENERAL LAUREADO

Con el estilo castrense que corresponde a quien vivió la Milicia con el espíritu de un cruzado, quisieramos redactar estas líneas. Sin frases hechas, pero con toda la carga emocional que nos ha producido la muerte del General Rodrigo, uno de los hombres más representativos de la generación de militares que hizo posible el 18 de Julio.

Una laureada, dos medallas militares y tres ascensos por méritos de guerra, hablan por sí solas de las virtudes castrenses de un hombre que comenzó a demostrar su heroísmo en la guerra de África, lo continuó en la Cruzada y lo remató brillantemente, en su última acción armada, en tierras de Rusia con la División de Voluntarios Españoles.

Pero es que el General Rodrigo, aparte de su historial militar, era el símbolo de muchas cosas que ahora se quieren olvidar. Y por eso, los tradicionistas—mejor, los requetés—que redactamos este Boletín, queremos hacer presente nuestra solidaridad y nuestra lealtad a tantas cosas como él representaba. Que es, creemos, el homenaje que más nos agradecerá.

General Rodrigo, ¡a sus órdenes y viva siempre Español!

«UN FABULOSO CURA»

TENIENTE GENERAL

DE LOS EJÉRCITOS DE ESPAÑA

ENSAYO Y PREGÓN SOBRE EL PARROCO

DE VILLOVIADO, DON JERÓNIMO MERINO

Por Jaime CALDEVILLA

Precio del ejemplar: QUINCE pesetas

Pedidos al

Apartado de Correos 12.577

Madrid - 12

Edita: CÍRCULO CULTURAL
VAZQUEZ DE MELLA

(11) Melchor Ferrer: *op. cit.*, pág. 66.

Consideraciones sobre el Movimiento Nacional

El Movimiento Nacional, en su doble vertiente de comunión en unos principios fundamentales—obligatorios constitucionalmente para todos los españoles—y de organización con jerarquía o disciplina propia para la defensa y propagación de aquellos principios, es una realidad histórica, política y legal. Y sea cual fuere el juicio teórico que merezca, nadie en sus cabales, y menos que nadie el político, puede ignorar o negar esta realidad.

Ante ella caben dos posturas: aceptarla y colaborar o, mejor aún y más exactamente, participar; o repudiarla, combatiéndola o, simplemente, alejándose con indiferencia. Ambas se han dado entre los hombres del 18 de Julio, a quienes se refieren exclusivamente estas breves consideraciones; con acierto en unos y en otros con error. Error que es más fácil verlo «a posteriori». Pero, como dijo el clásico, sólo deben gobernar los que saben prever, y obligación es de todo político otear el futuro más o menos inmediato. Porque el que pierde el autobús, como vulgarmente se dice, se queda en la cuneta y, lo que es mucho peor, deja en la cuneta la causa que quiere defender.

Después del referéndum del 14 de diciembre de 1966, que aprobó la Ley Orgánica del Estado, y de la Ley del Movimiento y de su Consejo Nacional, es una realidad que esta organización política ha adquirido una base indiscutible, de la que carecía su antecesora F. E. T. y de las J. O. N. S. Nacida ésta del llamado Decreto de Unificación del 19 de abril de 1937, sólo esta disposición y unas cuantas órdenes y circulares de mayor o menor fuerza jurídica constituyan su fundamento legal. En la actualidad, en cambio, el Movimiento Nacional tiene un rango constitucional innegable y que ampara plenamente a quienes de buena fe quieren actuar dentro de él.

Es un hecho histórico que el citado Decreto de Unificación, por diversas causas que no es ésta ocasión de analizar, no fue bien recibido por las dos fuerzas políticas principales que se trataba de integrar: falangistas y requetés. Sin embargo, con más o menos entusiasmo, lo acataron y cumplieron sus disposiciones. De común acuerdo, se repartieron las jefaturas y secretarías provinciales del territorio nacional de aquel entonces, así como los puestos de la primera Junta Política, constituida en Salamanca, y meses más tarde del primer Consejo Nacional de Burgos. Pero no mucho tiempo después, influencias internacionales del momento y desaciertos de unos y otros—siempre más disculpables los errores del yunque que los del martillo—, acabaron con la débil integración conseguida en un principio. Los tradicionalistas, en su mayor parte, se retiraron de la organización oficial, y durante treinta años todos los cargos nacionales y provinciales de F. E. T. y de las J. O. N. S. han sido ocupados por falangistas. No

es extraño por tanto se le haya motejado de monopolio y exclusivismo.

Pero esta situación, que en tiempos tuvo explicación y justificación por el apartamiento de los demás, es muy discutible en estos últimos años. Repetidas veces, lo mismo los tradicionalistas que otros elementos de plena confianza han solicitado cargos de responsabilidad y dirección en el Movimiento Nacional, manifestando, incluso públicamente, la voluntad de colaborar en sus tareas. Y sin embargo, hasta la fecha esos deseos no se han visto atendidos ni correspondidos, quedando en meras palabras poco convincentes los anunciados propósitos de apertura del Movimiento.

Se está discutiendo estos días el proyecto de Estatuto Orgánico del Movimiento, que dentro de poco se convertirá en Ley. Y se nos ocurre pensar si no ha llegado el momento de hacer efectiva esa apertura que a tantos hombres del 18 de Julio nos preocupa. Porque si entendemos claramente que el Movimiento no puede convertirse en el aparato legal que ponga de nuevo en órbita a los partidos políticos—que es lo que algunos en realidad pretenden—, tan tristes recuerdos dejaron en nuestro país, ello no justifica en modo alguno la continuación del monopolio y exclusivismo de un solo sector político, como ha ocurrido hasta ahora. Aunque este sector haya prestado grandes servicios, que nadie puede negarle objetivamente. Pero existen otras fuerzas, el Tradicionalismo entre ellas, que creemos tienen unos derechos y una ejecutoria indiscutible, que arranca también de la Victoria. Fuerzas, por otra parte, que pueden aportar nueva vida y vitalidad a nuestras estructuras políticas y que pueden canalizar—razón que estimamos muy importante—a una parte muy representativa de nuestra juventud.

¿No se cree, pues, que ha llegado el momento de rectificar?

J. L.

«Se invoca hoy la libertad religiosa, la autonomía de la conciencia, la madurez del cristiano moderno. Se adopta un genio crítico...; tolera de mala gana el magisterio eclesiástico e impugna, a veces, su extensión y autoridad; le molestan los superiores y los hermanos y simpatiza más fácilmente con los extraños... Son muchas veces fuerzas magníficas que, sin querer, construyen poco y a veces estorban, y que, después de momentos de gran fervor, normalmente se debilitan y se dispersan.»

Pablo VI

UAB

IDEARIO DE MELLA

Unidad católica

Es la unidad católica ley fundamental del Estado español y elemento capital de nuestra constitución interna; y tal como fue proclamado, juntamente con la Monarquía tradicional, su brazo y amparo no sólo por la voluntad pasajera y mudable de un día, sino por la perenne aclamación de las generaciones españolas sumisas a la autoridad de Jesucristo, que en el espíritu religioso y monárquico encontraron la inspiración de sus hazañas y el secreto de su grandeza.

Regionalismo

El espíritu nacional no es contrario al regional porque no es más que la síntesis de los espíritus regionales. ¡Ay de aquel que creyendo favorecer el espíritu de una nación o de una raza histórica trate de mermar los atributos y caracteres de los espíritus regionales, que al comunicarse y unirse le han engendrado!

Tenemos una vida peculiar, propia, que cada región en mayor o menor grado conserva; y tiene cada región rasgos comunes con todas las demás. Hay una historia colectiva común y otra propia particular. Hay que afirmar integralmente las dos. Yo admiro el espíritu regional en toda su pureza; pero también digo que si se arranca una sola historia regional, la común de España queda mutilada y se hace incomprendible.

Cuestión social

«Es una de las cuestiones de máximo interés para los hombres; es un problema angustioso que se llama social porque es la sociedad entera la que está en cuestión. No es un asunto exclusivo del orden económico que se refiera solamente a las relaciones entre el capital y el trabajo, entre patronos y obreros, sino que está en conexión con todos los órdenes de la vida: es una cuestión moral y, por lo tanto, religiosa.»

Trabajo

El trabajo no es una mercancía que se regula por la ley de la oferta y de la demanda. Es una obra humana que, como todas, debe ser

regulada por la ley moral y jurídica que está por encima de todas las reglas económicas.

No sólo existe el trabajo material; éste supone el trabajo técnico y éstos, a su vez, necesitan del trabajo de protección jurídica, sanitaria, moral, intelectual y religiosa.

Todos estos trabajos son entre sí solidarios en estrecha dependencia; por consiguiente, frente de la falsa teoría de la lucha de clases debe existir la de la armonía de las diferentes clases trabajadoras.»

Contrato de trabajo

La economía liberal había dicho que el contrato de trabajo era asunto exclusivamente privado que sólo interesaba a los contratantes.

El contrato de trabajo es directamente social por sus resultados, que pueden trascender al orden político y social, y por la jerarquía de poderes de la sociedad. El Estado, por consiguiente, también tiene en ciertos casos el deber de regularlo.

Salario

«El salario es el derecho individual a la remuneración por el trabajo. Es necesario que el salario sea real, que esté en relación directa con el precio de las subsistencias, que es su medida; con el coste de la vida, para que no se produzca esa carrera desenfrenada entre precios y salarios.»

Propiedad

«En la España tradicional todos los ciudadanos son colectiva o corporativamente propietarios: existía la propiedad individual en una minoría de la sociedad y la propiedad colectiva se extendía por todo el suelo nacional.»

Derecho de propiedad

«El derecho de propiedad se funda en el deber que tenemos de buscar nuestra perfección moral, intelectual y material. El proletario puede disponer de una propiedad con las limitaciones que la moral y el derecho imponen.»

IDEARIO DE MELLA

Capitalismo

«Estamos en contra de un capitalismo excesivo que tiene su trípode en el anonimato, la banca y la bolsa, que por su origen puede proceder de especulaciones inmorales y que por su empleo se dirige al vicio, a la inmoralidad, a la corrupción, al goce personal, con el desprecio del necesitado. Está en oposición con los fundamentos de la propiedad y con la solidaridad de los demás trabajos.»

El capitalismo actual no responde a un ideal de justicia y de caridad, aunque conserve dentro de sí algunos restos del régimen cristiano; no puede subsistir por mucho tiempo.

No es la expresión del orden que defendemos nosotros, inspirado y limitado por los deberes de caridad.

Tiene que caer hacia el catolicismo o hacia el socialismo.

Sindicalismo

La coexistencia y la armonía de las clases en el trabajo exigen un sindicato integral.

Un sindicalismo de inspiración cristiana porque nada puede hacerse con una jerarquía en materia social sin la cruz o contra la cruz; con una jerarquía formada por una lazada de deberes, intereses y amores que sea la antítesis de esa cadena de sindicatos que parecen ergástulas o cárceles de esclavos donde el pobre trabajador pierde la libertad y gime bajo una tiranía anónima que dispone de su sustento, de su trabajo y de su sangre.

Los sindicatos marxistas crean un orden siniestro del ejército del desorden: enorme dictadura que manda y juzga sin apelación, que cobra y administra sin inspección, que ordena huelgas cuando quiere y las suprime cuando le da la gana.

Corporativismo

«La solución está en la doctrina de las corporaciones y personas sociales que venimos sustentando como parte de nuestro programa: era el régimen corporativo medieval el que daba la solución completa a la cuestión social, y fue la primera vez que en el mundo el capital y el trabajo se reunieron formando una fraternidad indisoluble.

Toda la obra de la revolución consistió en destruir esa cadena de corporaciones intermedias entre el individuo y el Estado.»

Seguridad social

«Es necesario establecer un impuesto sobre los beneficios de las empresas y herencias «ab intestato». Fundar unos bancos para dar efectividad a la ley de accidentes del trabajo, para viudedades, orfandades, escuelas y economatos, con lo cual se conseguiría el mejoramiento de las clases obreras.»

Economía laboral

Su programa es hacer más ricos a los ricos, y ha producido en contra y como reacción otra economía, la marxista, tan falsa como aquélla, que quiere hacer a los ricos pobres sin llegar a hacer a los pobres ricos.

Producción y distribución

«No es un problema de producción, sino de distribución entre las fuentes fundamentales de la riqueza.

La economía liberal había dicho que el principal problema era el de la producción de la riqueza; el principal problema no consiste en producir mucho, sino en repartirlo bien. La producción es un medio y la repartición equitativa un fin.»

Socialismo

«El individualismo ha engendrado al socialismo.

El marxismo subordina todo a lo económico, a la dictadura del proletariado.

De ese concepto exclusivo nacieron todos los errores socialistas, y mientras no se desaloje de las cabezas ese concepto no podrá haber paz social, porque el vicio que entraña la ruptura de las relaciones entre las diferentes categorías de trabajo perturba no sólo el orden económico, sino indirectamente todos los de la vida.»

Tradicionalismo o socialismo

«Tradicionalismo o socialismo, carlismo o anarquía: ése es el porvenir, y es preciso pensar en decidirse pronto por uno u otro extremo.»

ESCANDALO

En su número 42 del pasado mes de octubre, la revista «Montejurra» ha publicado la siguiente carta:

«Hace unos días, en el vecino país de Portugal, se han celebrado un par de fiestas organizadas por dos magnates: Schlumberger y Antenor Patiño. En estas fiestas se han derrochado, malgastado, despilfarrado y tirado millones.

Este hecho debiera haber levantado una auténtica oleada de protestas, ya que si siempre son censurables estas demostraciones de lujo superfluo, lo son todavía más si tienen lugar en zonas donde el contraste con el subdesarrollo, la miseria y la vida en muchos casos infrahumana, son hechos cotidianos por todos conocidos. No obstante, apenas si hemos oido algún que otro comentario suelto sobre el tema. ¿A qué se debe esta falta de toma de conciencia de unos hechos que, como ciudadanos del mundo, a todos nos afectan? ¿Será debido a que en España nos consideramos ajenos al problema o a que tenemos casos semejantes y pretendemos silenciarlos?

En todo caso quiero aprovechar la oportunidad que me brinda la sección «Opinan los lectores» para dar un toque de atención ante hechos de esta clase y a manifestar mi más enérgica protesta ante los mismos. La sensibilidad de la clase más necesitada se siente herida en sus más intimas y justas aspiraciones, y deseo que este desprecio de las mismas no sea causa de que en su desesperación les lleve a la violencia como última solución de sus males.»

Carlos Lloréns (Lérida)

«Quien no respete, acate y profese el principio de la subsidiariedad podrá ser monárquico, republicano, fascista o marxista, pero nunca carlista. Aunque se titule dinástico, aunque lleve boina roja, aunque ostente cargos en la Comunión y tenga nombramientos regios.»

«Este principio manda y señala que la autoridad superior no puede ni debe usurpar las funciones (derechos y deberes) de la autoridad inferior. Y si ésta posee, como derecho natural, la de autogobernarse y elegir a sus propios dirigentes, no debe inmiscuirse la autoridad superior en el nombramiento de sus jefes y dirigentes. Antes al contrario, debe prestarle toda la ayuda posible para lograr su finalidad sin absorberla ni desvirtuarla. Y si lo hace, es una forma «Velada», aunque se aduzcan razones de eficacia, de centralismo y autoritarismo.»

(De «Cuatro Barres», Boletín carlista del Principado de Cataluña.)

APARTADO 12.577

En esta sección publicaremos las cartas que nos escriban nuestros lectores.

Carísimo amigo: Le envío un trabajo para que usted lo lea y lo enseñe a su amigo señor S. Le puede ser útil para enjuiciar la nueva Ley Sindical en proyecto para poder hacer enmiendas, a fin de que sea una ley verdaderamente española y tradicionalista.

El confusionismo reinante en la Iglesia Católica ha trascendido al Carlismo. Muchos jóvenes, ignorantes todos ellos, se quieren presentar como auténticos carlistas cuando en realidad no son más que liberales con boina roja. Ante tanto confusionismo acudi a D. J., que me ha dado la razón y verá de poner remedio por medio de la formación de nuestra juventud. Pero si los jóvenes tienen por maestros a los progresistas que se han infiltrado dentro del Carlismo, ¿qué ganaremos con ello? ¿No debería comenzar la criba de los carlistas comenzando por las alturas? Si no se hace, el Carlismo se convertirá en un partido político puramente legitimista. ¿Y vale la pena llenar nuestra patria de ruinas para legitimar tan sólo los derechos de una persona o de una dinastía?

P. T. - Sabadell

PELIGROS DEL COMUNISMO

«En España, como en otros países europeos, se da hoy, con frecuencia, especialmente en la Universidad y en las fábricas y organizaciones obreras, no sólo un diálogo, sino también una colaboración organizada y estable entre católicos y comunistas. Las consecuencias son graves, porque son ya muchos los casos en que jóvenes católicos, procedentes incluso de movimientos apostólicos, se han dejado ganar por los principios marxistas y han llegado a la apostasía de su fe.»

(Del documento del Episcopado español sobre «Nuevas comunes de acción pastoral para los obispos españoles.»)

Círculo Nacional VAZQUEZ DE MELLA

Nota importante de Tesorería

A cuantos nos han enviado su inscripción, nos es grato comunicarles que los correspondientes recibos los pondremos al cobro: por medio de un cobrador los de Madrid y contra reembolso de su importe los de provincias.

Todos habrán recibido carta de esta Tesorería agradeciéndoles su colaboración, como igualmente cuantos nos han enviado cantidades por giro postal. Pero si hemos sufrido alguna omisión rogamos a los interesados que nos disculpen, ya que el número de inscripciones ha sido tan numeroso que ha desbordado ampliamente nuestro aparato administrativo.

En lo sucesivo prometemos a todos mayor diligencia.

VM 15

CARLISMO E HISPANIDAD

Por R. G. BAYOD

El carlismo, y por lo tanto el tradicionalismo hispánico, solamente son «anti» como lógica consecuencia, por deducción.

En efecto, el absolutismo y totalitarismo son anticristianos; el liberalismo y el marxismo son también anticristianos. Por otra parte, absolutismo, liberalismo y marxismo pugnan con las esencias del ser español, y por eso son antihispánicos. Si el carlismo no es más que cristianismo e hispanismo conjuntamente, forzosamente tiene que ser antiabsolutista, antitotalitario, antiliberal y antimarxista.

Vayamos glosando estas afirmaciones.

Hay que partir de una notable diferencia entre «rey absoluto» y rey «absolutista», como no es lo mismo «pacífico» que «pacifista», «social» que «socialista».

Hecha esa aclaración, no olvidemos que absolutismo, totalitarismo, liberalismo y marxismo, aun cuando en apariencia se anulan, no son más que reacciones de unas posturas contra otras, coincidentes en sus fines y medios, por cuanto el origen es también el mismo. Ninguna de esas posturas encaja en el ser hispánico, que se limita a ser cristiano y no necesita de más apellidos exóticos.

El carlismo tiene su origen inmediato en los realistas que se oponían al afrancesamiento o extranjerización de España a principios del siglo pasado, y así podemos afirmar que carlismo coincide con hispanismo.

El hispanismo—a lo que yo llamaría «iberismo»—da como resultado a la Hispanidad—a la que yo llamaría «Iberidad»—. Pero la Hispanidad no es el conjunto de pueblos americanos de habla castellana o portuguesa. Tal visión de la Hispanidad sería alicorta y deforme, con perjuicio de la grandeza que en sí encierra.

El descubrimiento de los pueblos de América, su cristianización, su unión y sus actuales relaciones no constituyen la Hispanidad, sino tan sólo fue y es una consecuencia de esa Hispanidad en su realización del «destino hispánico en lo universal». La Hispanidad existía mucho antes de idearse y popularizarse la palabra, y siglos antes del descubrimiento de las llamadas «Indias» de Colón.

El heroísmo antiextranjerizante de Sagunto y de Numancia, como el posterior de Zaragoza, era fruto de la incipiente Hispanidad. La acción y comportamiento de los romanos hispánicos Trajano, Adriano, Teodosio, Catón, Columela, Séneca, etc., no era más que fruto de una fuerza recóndita que se había de llamar

Hispanidad. Al cristianizarse ese impulso se inmortalizó, por fundamentarse en una idea inmortal. Hispanidad fue por lo tanto el conjunto de Concilios de Toledo; y resultado de la Hispanidad fue el muro que se formó contra la «media luna» con toda la Reconquista. Hispanidad fue el Concilio de Trento y el recorrido por mares y continentes y su cristianización. Hispanidad fue la guerra de la Independencia y la lucha del pueblo español en las filas del ejército carlista, contra los liberales y masónicos apoyados por gobiernos extranjeros. Hispanidad fue nuestra acción y permanencia en África, y no podía menos que ser Hispanidad elevada a su máximo exponente posible la Cruzada que en 1936 se inició para impedir la extranjerización (bolchevización) de España, como años antes había sido Hispanidad la salvación de Portugal por un hombre providencial: Oliveira Salazar.

El carlismo, en su esencia, no es más que ese afán de continuar la acción de la Hispanidad, para que España siga siendo España; pero no una España afrancesada o bolchevizada, sino una España española, esto es, una España católica.

Vázquez Mella fue el «verbo de la Tradición», y así se le ha podido llamar, con razón, el «verbo de la Hispanidad». Lo consideramos de una lógica aplastante, pues no hay carlismo sin tradicionalismo y no hay tradicionalismo sin hispanismo.

En los primeros meses de hace cuarenta años moría el «verbo de la Hispanidad», pero en esos primeros meses del mismo año un modesto profesor identificado con la ideología cristiana de Mella escalaba un puesto en la hispánica Lusitania para seguir haciendo Hispanidad por la India y por África durante estos cuatro decenios. Oliveira Salazar ha sido un Caudillo de la Hispanidad y protagonista, juntamente con nuestro Caudillo Franco, del «pacto Ibérico» tan acorde con la doctrina de Mella, del pensador y orador carlista.

Ha transcurrido el mes de octubre de 1968, mes de la Hispanidad, en su más amplio significado. Portugal ensaya una continuidad en su Hispanidad por designios de la Divina Providencia con respecto al humilde y autoritario Salazar, es decir, antiabsolutista y antiliberal.

Llegará otro mes de octubre, mes de la Hispanidad, y tenemos tiempo de que fuese declarado mes de la Tradición, mes del carlismo en cuanto sea el paladín de esa Tradición hispánica, es decir, de la Hispanidad.